

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 4 Agosto 1906.

Núm. 31.

Catequística.

(Continuación).

Que Jesucristo es verdadero hombre ya lo tenemos probado, sin necesidad de fijarnos en si era ó no hijo de mujer. Pues vimos que era verdadero hombre porque tenía los elementos esenciales, y éstos perfectos, que constituyen al hombre: y que son cuerpo humano unido sustancialmente á un alma racional. No es, pues, el consecuente de ese argumento lo que necesitamos probar. Tampoco la consecuencia, pues las consecuencias, ó enlace entre las proposiciones primeras y la última del argumento, no se prueban; y además en nuestro argumento es de suyo evidente. Porque si todo hijo de mujer es hombre, y Jesucristo es hijo de mujer, es evidente que Jesucristo es hombre.

La obscuridad, pues, si hay alguna, y la consiguiente duda, sólo puede caber respecto de la verdad de la primera proposición, ó sea, de esta: Todo hijo de mujer es verdadero hombre. ¿Es esto verdad? Veámoslo:

Conviene que nos fijemos en que no se dice que sólo los hijos de mujeres sean hombres; pues ya se ve que Adán no fué hijo de mujer, y era, sin embargo, verdadero hombre. Y Dios puede hacer verdaderos hombres hasta de las piedras.

Lo que se dice es que *todo* hijo de mujer, ó lo que es lo mismo: dado que alguno sea hijo de mujer, tiene que ser verdadero hombre.

En este sentido es verdad que todo hijo de mujer es verdadero hombre.

Dícese que es hijo el que es engendrado por sus padres, ó el que de ellos procede por generación rigurosamente tal; y los que

así proceden tienen que ser de la misma naturaleza que sus padres. Luego, si los padres son individuos de la especie humana, individuos de esa misma especie, esto es, verdaderos hombres, han de ser sus hijos.

Para comprender esto no hay más que tener en cuenta lo que es generación. Cosa que vamos á tomar del doctor Angélico.

«De dos maneras, dice, tomamos el nombre de generación. Una manera es la común á todos los seres generables y corruptibles, y en este sentido la generación no es otra cosa que la mudanza del no ser al ser (ó de un ser, que antes se tenía, á otro ser nuevo que se adquiere). De otra manera (se toma la generación) propiamente, lo cual se hace cuando se aplica á los seres vivientes; y así la generación significa el origen de un ser viviente de otro principio viviente unido, (al primero en la forma que dice después); y esto es lo que propiamente se llama nacimiento. Sin embargo, no todo lo que procede así se llama engendrado; sinó que (engendrado se llama tan sólo) propiamente lo que procede (de otro ser viviente) bajo el concepto de semejanza (ó identidad de naturaleza). Por lo cual el cabello no tiene razón de cosa engendrada, ni de hijo, sinó sólo lo que procede según el concepto de semejanza, y no de cualquiera semejanza; pues, los gusanos que se engendran en los animales (aunque no por los animales), no proceden bajo la razón de generación, ni de filiación, aunque tengan cierta semejanza según el género (pues ambos, el animal y el gusano, son del género de animales ó seres sensitivos); sinó que se requiere para la razón (ó naturaleza) de la (verdadera) generación que (el engendrado proceda del generante) bajo el concepto de semejanza (ó identidad) en la naturaleza de una misma especie (ó esencia de los seres), del modo que el hombre procede del hombre, y un caballo de otro caballo. Pero en los seres vivientes, que pasan de la potencia (ó posibilidad) al acto (ó realidad) de la vida, como son los hombres y los animales (irracionales), la (palabra y el concepto de) generación abarca las dos clases de generación (la impropia ó común, y la propia)» (1).

Es, pues, la generación propiamente tomada, el acto por el cual un ser viviente da origen á otro ser viviente, de tal manera que el engendrado y el que engendra sean ambos de una misma especie. Y, como la especie es el conjunto de elementos ó requis-

(1) Suma Teológica, 1.^a parte, cuestión, 27.^a art. 2.^o

tos esenciales de un ser, los seres que son de una misma especie habrán de tener unos mismos constitutivos esenciales, sólo, á lo sumo, diferentes en número; se sigue, propiamente hablando, que el generante y el engendrado habrán de tener unos mismos elementos esenciales, diferentes á los más en número, esto es, en cuanto que serán dos individuos distintos, pero de la misma naturaleza ó esencia en especie.

Ahora bien; al generante se le llama padre ó madre, y al engendrado hijo. Luego bien claramente se sigue que el padre y la madre habrán de ser de la misma especie ó naturaleza que el hijo, y, por lo mismo, el hijo de la misma naturaleza que su padre y que su madre.

Si, pues, Jesucristo es verdadero hijo de María, y María es de la especie humana, Jesucristo será también de la especie humana; es decir, verdadero hombre.

Podremos todavía decir más: Jesucristo es con mayor razón hijo de María que los otros hombres hijos de sus propias madres. Y para conocer que esto es verdad, basta fijarse en que la materia del cuerpo de Jesús se tomó sólo del cuerpo de María, caso que no se verifica en los demás hombres. De donde resulta que los otros hombres más bien son hijos del padre que de la madre; pero Jesús es hijo únicamente de María, y de la eficacia que la otorgó el Espíritu Santo. Por lo cual, si esta proposición general que establecimos al principio, como premisa mayor de nuestro raciocinio: «Todo hijo de mujer es hombre», es verdadera en general, es más verdadera aún en el caso particular de la Virgen María, como Madre de Jesús; y de éste como hijo de ella. Resulta, pues, que es mucha verdad que: Jesucristo es hombre porque es Hijo de la Virgen María.

Pregunta. ¿Qué quiere decir Jesús?

Respuesta. Saivador.

P. ¿De qué nos salvó?

R. De nuestro pecado y del cautiverio del demonio (1).

D.—¿Por qué el Hijo de Dios hecho hombre se llama Jesús?—

R.—El Hijo de Dios hecho hombre se llama Jesús, que quiere

(1) Estas dos preguntas no se hallan en el primitivo catecismo del P. Ripalda; son de las añadidas por el Dr. J. Antonio de la Riva. Pero nos parece oportuno incluirlas en nuestra explicación.

decir Salvador, porque nos ha salvado de la muerte eterna merecida por nuestros pecados.=

D.—¿No podíamos salvarnos nosotros por nosotros mismos, si el Hijo de Dios no se hacía hombre?=
 —

R.—Si el Hijo de Dios no se hacía hombre, no podíamos nosotros salvarnos por nosotros mismos; porque por el pecado de Adán, nuestro primer padre, éramos esclavos del demonio, y estábamos excluidos para siempre del paraíso.=

D.—Quién dió el nombre de Jesús al Hijo de Dios hecho hombre?=
 —

R.—El nombre de Jesús al Hijo de Dios hecho hombre, se lo ha dado el mismo eterno Padre por medio del Arcángel Gabriel, cuando éste anunció á la Virgen el misterio de la Encarnación.

El nombre dulcísimo de Jesús, que, por orden del eterno Padre, había de imponerse á su divino Hijo encarnado, habianlo llevado ya, como señal de excelencia y como figura del Salvador del mundo, otros célebres personajes de la antigua ley. Pues este, fué el nombre del gran caudillo de Israel, llamado Josué ó Jesús, hijo de Nun ó de Navé, el cual caudillo salvó al pueblo de Dios, alcanzando insignes victorias contra sus enemigos, y dejándolo en posesión de la tierra prometida, que es imagen de la gloria, á la cual nos quiere llevar nuestro verdadero Josué (1).

Otro segundo Jesús fué el hijo de Josedech á quien señala el profeta Zacarías cuando dice: «Me manifestó el Señor á un gran sacerdote llamado Jesús».

Otro Jesús fué el hijo del profeta Sirach, de quien afirma el libro del Eclesiástico que renovó la sabiduría de su corazón.

Todos estos personajes figuras son del verdadero Salvador, y por eso llevan también el nombre de El. Mas no bastaba esto para la gloria del nombre de Jesús, y fué necesario que Dios lo revelara en visión al profeta Habacuc, como lo expresa en su oración con estas frases de júbilo: *Yo me gozaré en el Señor y me regocijaré en Jesús mi Dios. El es el Señor mi Dios y mi fortaleza; pondrá en mis pies la velocidad del ciervo. Y sobre las cosas excelsas me elevará cuando suba á los cielos victorioso cantando himnos* (2).

Pero lo que más es de admirar y más veneración nos debe in-

(1) Josué, capt. 1.^o y sigt., también en el *Exodo* y los *Números*.

(2) Habacuc, capt. 3.^o, vers. 18 y 19.

fundir, es que fué este nombre sacrosanto de Jesús bajado expresamente del cielo por orden de su Eterno Padre. Eran los padres los que según la costumbre hebrea imponían el nombre á sus hijos, y por eso el Padre Eterno del Redentor, llegada que fué la hora de que éste tomara humana naturaleza en el seno virginal de María, mandó en embajada á uno de sus más nobles Angeles, que lo fué el Arcángel San Gabriel, á anunciar á María que en ella se realizaría la Encarnación del divino Verbo, y que Jesús era el nombre que Dios ordenaba se le pusiese. Y la cosa pasó de esta manera: Estando la Virgen en Nazaret, retirada en su aposento, entró el Angel á donde ella estaba, y la dijo: «Dios te salve, llena de gracia; y, como María se turbase, díjola el Angel: No temas, pues has hallado gracia delante del Señor. Ten entendido que concebirás un hijo y lo darás á luz, y le pondrás Jesús por nombre. El será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de su padre David, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin». Pues es el reino de la gloria eterna (1).

Cumplida su augusta misión para con la madre de Jesús, quedábale todavía á Gabriel el encargo de enseñar á San José el nombre de su hijo putativo. Y por eso, cuando en su mucha humildad quiso José abandonar á su esposa, por creerse indigno de vivir con la que á Dios tenía ya en su vientre, se le aparece el Angel en sueños y le dice: «José, hijo de David, no tengas temor de recibir á María tu esposa; pues lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo. Dará, pues, á luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; porque él salvará á su pueblo de los pecados de ellos» (de los hombres que forman ese pueblo) (2).

Aquí vemos que el Angel, por mandado de Dios, reveló á la Madre y al padre nutricio del divino Verbo, el nombre que le habían de poner.

Cumplieron estos virtuosos padres el mandamiento del Señor, y en el día de la circuncisión del divino Niño, en cuya ceremonia era uso entre los Hebreos poner nombre á los infantes, pusieronle el nombre de Jesús. Así lo declara el Santo Evangelio en esta sencilla manera. «Después que hubieron trascurrido los ocho días (á contar desde el nacimiento) para ser circuncidado el Niño, fué

(1) San Lucas, capt. 1.º, vers. 26 y sigt.

(2) San Mateo, capt. 1.º, vers. 19 y 21.

llamado con el nombre de Jesús, que es como lo llamó el Ángel antes que fuese concebido en el vientre (1).

Sacamos de aquí que Jesús es el verdadero y propio nombre del Verbo encarnado; es el nombre con que se le conocía en aquella su familia y sociedad de su tiempo, y es el nombre que nosotros llamamos de pila ó de bautismo; pues veces de bautismo hacía la circuncisión entre los judíos. Por eso, bueno será que digamos dos palabras de esta ceremonia religiosa, antes de entrar en la explicación del nombre de Jesús.

(Continuará.)

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica IX después de Pentecostés

Cosa es que espanta, contemplar á Cristo Nuestro Señor llorando como un niño al entrar en la grandiosa ciudad de Jerusalén. Esta ciudad ingrata *no conoció el tiempo de su visitación*; esto es, no conoció la divinidad de Jesucristo que entonces la visitaba, así como antes no había conocido la tierna y amorosa predilección que el Señor la tuvo, unas veces prometiéndole al Salvador divino, otras enviándole profetas que determinaran su venida, otras obrando innumerables prodigios.

Al mismo tiempo asombra cómo el divino Salvador, que era todo dulzura y mansedumbre, tomó el azote y arrojó del templo á los que públicamente lo profanaban.

Así nos lo dice por el Evangelista San Lucas, cap. 19, v. 45 y sig. *Y habiendo entrado en el templo, comenzó á echar fuera á todos los que vendían y compraban en él, diciendo: Mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. Y cada día enseñaba en el templo.* La sola consideración de que el templo es la *casa de Dios*, basta para que, al penetrar en el lugar santificado por la presencia de la Majestad divina, se apodere del hombre un respetuoso temor que le obligue á exclamar con el Patriarca Jacob: ¡Cuán terrible es este lugar, no hay aquí otra cosa sino casa de Dios y puerta del cielo!, y al poner su pie en esta puerta del templo se sienta conmovido por sentimientos sublimes, y entrando, caiga de rodillas humillado, y en su recogimiento diga: Aquí está Dios. Aquí estoy en su presencia de un modo especial. ¿Cómo me atreveré á levantar mis ojos de la tierra y distraer mi pensamiento? Así se conducían los primeros cristianos; así se conducían aquellos Reyes magnánimos y fervorosos

(1) Lucas, II, 21.

que á la entrada del templo deponían su corona y las insignias de majestad, profundamente creyentes y penetrados de que ante Dios nada es el hombre y es deleznable la figura más encumbrada y la dignidad más augusta. ¡Qué enseñanzas tan grandes pone á nuestra consideración Jesucristo en este Evangelio, y qué bien las aprendieron los primeros cristianos! ¡Cuán clara muéstrase la indignación de Jesucristo contra todos los que se atreven á profanar su templo! Dios Nuestro Señor, en su infinita bondad para con los hombres, les ha repartido toda la tierra y los mares para que los posean; sólo se ha reservado para sí los templos, como lugar inaccesible á los ultrajes, y sin embargo, ¡hay hombres tan por extremo audaces, que osan entrar en el templo y allí mismo ofenden á Su Divina Majestad!

¿Hasta dónde llega la osadía del hombre, y hasta dónde llega la paciencia de Dios, que instantáneamente no le aniquila? Es verdad que no los aniquila á nuestra vista, pero no imaginéis que los profanadores de los templos hayan de quedar impunes. Oid una visión del profeta Ezequiel, que consta en las Sagradas Escrituras, para escarmiento de los hombres, y que es sobremanera aterradora. Después que el Señor hizo ver al Profeta varias abominaciones de la casa de Israel, «He aquí, añade éste, que me introdujo en el atrio interior de la casa del Señor; y he aquí en la puerta del templo, entre la entrada y el altar, como unos veinticinco hombres, que tenían las espaldas vueltas al templo del Señor y las caras hacia el Oriente, y adoraban al sol saliente. Y me dijo: Ciertamente lo has visto, hijo de hombre: ¿pues qué, es esto cosa de poco momento para la casa de Judá, el hacer estas abominaciones que han hecho aquí?... Pues también Yo haré en mi furor; no perdonaré mi ojo ni tendré piedad, y cuando gritaren á mis orejas á grandes voces, no los oiré. *Non exaudiam eos*».

Notad bien. Se trata de unos cuantos hombres que profanan el templo volviendo la espalda al sitio donde se conservaba el *arca*, y sólo por eso el Señor se indigna, se enfurece contra ellos y les dice. Los castigaré en mi furor, no los perdonaré, ni tendré compasión de ellos, ni los oiré aunque me den voces. Pues bien, teniendo en cuenta lo que ocurre en los tiempos actuales con muchísimos cristianos, yo también le diría á Ezequiel: Ven, profeta santo, mira y verás en nuestros templos abominaciones inmensamente mayores. Ven y verás que muchos cristianos, no en la puerta del templo, sino dentro del templo mismo, vuelven la espalda, no al arca sino al Señor del arca, al Santísimo Sacramento; unas veces está Su Divina Majestad expuesto y permanecen en pie sin hacer una simple genuflexión; otras, se sientan poniendo irrespetuosamente una rodilla sobre otra; en ocasiones hablan y ríen con las personas que tienen á su lado, quitando la devoción á las almas devotas; no faltan algunos que entran en la casa de Dios, no para adorarle como es justo y debido, sino

para ultrajarle mirando y haciendo señas á otras personas, creyendo que están en una plaza ó calle. ¡Dios mío! ¡Cuántos desprecios y desatenciones sufres, aun de aquellos mismos que se llaman cristianos y que frecuentan tu casa! ¡Oh! si como apareció Jesús entonces en el templo de Jerusalén, según nos dice el Evangelio de este día, apareciese ahora en nuestros templos, ¡sobre cuántos profanadores tendría que descargar su cólera divina! ¡En cuántos tendría que repetirse los castigos de los Heliodoros azotados por los Angeles, y de los Antiocos, comidos de gusanos! Pero nunca es tarde para Dios, para Dios no pasa el tiempo.

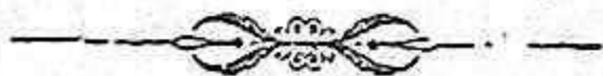
Si esto decimos de los hombres ¿qué hemos de decir de las mujeres cuando entran en la casa de Dios? ¿Quién no ve el desacato á la Divina Majestad de Dios, presentándose á la sagrada mesa, con trajes poco modestos, llenas de aderezos y encajes, adornadas como un altar mayor en día de fiesta, y con la cabeza hecha un jardín de flores colocadas en anchos y caprichosos sombreros? ¡Cuánto mejor conviene á la casa de Dios los vestidos oscuros, honestos y sencillos y la proverbial mantilla tupida española que cubre el cabello y es como una salvaguardia para la modestia!

Recuerden, pues, hombres y mujeres, por amor de Dios; recuerden los profanadores del templo en la visión de Ezequiel, y lleven siempre en sus oídos aquellas palabras del Señor. *Non exaudiam eos*: recuerden también lo que nos dice Jesús en este Evangelio, cuando arrojándoles fuera con el azote les dice: «Mi casa es casa de oración y vosotros la habéis convertido en guarida de ladrones». ¿Qué pecado, qué crimen será este de profanar el templo cuando el Divino Salvador, mansísimo por esencia, se indigna y toma el azote, habiendo sufrido multitud de injurias y contumelias sin alterarse con la mayor paciencia? Le llaman samaritano, energúmeno, seductor, y calla. Le prenden, le atan con cordeles, le flagelan, le coronan de espinas, le hacen Rey de burlas, y calla. Le conducen de Herodes á Pilatos, le sentencian á muerte, le cargan con la cruz, le clavan en ella, y calla. Pero ve á los judíos que compraban y vendían en el templo, y entonces, no puede, digámoslo así, contenerse, y se indigna, y toma el azote y los arroja del lugar santo, increpándoles con palabras durísimas.

¿Cuál es la enormidad de este pecado, cuando así le castigas y por tu propia mano?

Consideradlo bien, cristianos, y en tanto, guardad en vuestro corazón estas palabras. Es de necesidad absoluta que todos tengamos gran respeto á la casa de Dios, porque es casa santa, donde se realizan á nuestra vista los más augustos é inefables misterios. Es de necesidad que al asistir al templo, á las festividades de nuestra adorable religión, lo hagamos con modestia, devoción, reverencia, lo mismo en el vestido que en el recogimiento del espíri-

tu y silencio. Se hace preciso que meditemos las lecciones de este Evangelio, haciendo nuestros al propio tiempo los sentimientos piadosos del Real Profeta, y diciendo con el Señor: A tu casa conviene santidad por los siglos de los siglos (92 5). Alabanza y hermosura delante de El; santidad y magnificencia en su Santuario.



Explicación de las Virtudes.

De las virtudes en general. — Noción de las virtudes. — Sus especies.

Para mantener nuestra unión temporal con Nuestro Señor y alcanzar la unión eterna con El, no basta evitar el mal, es preciso practicar el bien; no basta estar libre de vicios, es preciso tener virtudes, y si así no fuere, preparémonos á sufrir la sentencia dictada contra el árbol estéril y el inútil servidor. Mas ¿cómo practicar las virtudes, si no se conocen? Para que se conozcan vamos á dar de ellas una noción suficiente, á fin de que, observando una vida enteramente cristiana, logremos perpetuar nuestra misión con Jesucristo.

El hombre puede ser considerado en sí mismo, y en sus relaciones con Dios: en sí mismo aparece con los ricos dones de su entendimiento y su voluntad; en sus relaciones con Dios aparece destinado á la posesión del eterno bien. De estos conceptos procede la distinción de las virtudes en tres clases: *intelectuales*, *morales* y *teológicas*. Mas, antes de hablar de cada una de ellas en particular, digamos primero: ¿Qué se entiende por virtud en general? Virtud quiere decir fuerza, pues para obrar bien se necesita vencer, tener fuerza. «La virtud, dice Santo Tomás, es una buena cualidad ó un buen hábito del alma que nos hace vivir con arreglo á la sana razón, ó una habitud que nos perfecciona hasta hacernos obrar el bien (1). La virtud, ó es *infusa*, esto es, comunicada á nuestra alma por Dios mismo, sin cooperación de nuestra parte, como la fe, la esperanza y la caridad en el Bautismo, ó *adquirida*, esto es, granjeada por actos reiterados de nuestra voluntad con apoyo de la gracia, como la paciencia, la obediencia y la mortificación (2).

Las virtudes intelectuales son hábitos que perfeccionan el entendimiento, y se reducen á tres principales: sabiduría, ciencia é inteligencia (3). La sabiduría es una virtud por la que nuestro espíritu distingue los efectos en sus causas más elevadas. En el orden material, el hombre perfeccionado por ella es como un es-

(1) 1, 2, q. 55, art. 4.

(2) Id. id., q. 55, art. 4.

(3) D. Thom., 1, 2, q. 57, art. 2.

pectador colocado en la cima de una montaña, que descubre grande extensión de terreno; que ve formarse el rayo y los depósitos subterráneos de donde brotan las fuentes, despejando en sus causas los fenómenos cuya existencia desconocen los seres vulgares. En el orden moral el hombre aquilatado por la sabiduría abarca todos los sucesos, la elevación y la caída de los imperios, las revoluciones sociales, sus tendencias, los castigos y los premios que reciben en la causa de las causas, en la providencia de Dios. ¡Qué superioridad no le comunica esta presciencia, y qué inefables goces no le procura! No es de extrañar que Salomón nada más pidiese al Señor que la sabiduría, confesando que por ella le vieran todos los bienes (1).

Oración, lectura de buenos libros, pureza de espíritu y meditación, he aquí los medios principales para obtener esta sabiduría divina que nos preservará de la sabiduría mundanal, ciega, maldita y enemiga jurada de Dios y de los hombres (2); pero ¡cuán rara es ella, y por ende cuán necesaria en nuestros días! Pidámosla al Señor, diciéndole con Salomón: *Dame la sabiduría que asiste á tu trono... para que esté conmigo, y conmigo trabaje, para que sepa yo lo que te es agradable* (3).

La ciencia es una virtud por la cual nuestro espíritu ve las cosas en sus efectos, en sus consecuencias y en su relación más inmediata con nosotros. El hombre perfeccionado por el saber, aprecia, juzga, discute, analiza, coordina los efectos con las causas, los principios con sus ilaciones, y por una cadena de raciocinios forma sistemas que le conducen á preciosos descubrimientos, ya en el orden material, ya en el orden moral. Así puede decirse que el sabio ve desde arriba, y el docto desde abajo; aquél descendiendo de las causas á los efectos, y éste remontándose de los efectos á las causas (4). Si nada es más peligroso que un docto á medias, nada tampoco es más apreciable y más útil que un docto verdadero. Cada cual, en la clase que Dios le ha colocado, está obligado á ser sólidamente instruido, esto es, á adquirir los conocimientos necesarios para el buen desempeño de sus obligaciones hacia Dios, hacia sí mismo y hacia su prójimo; y á nadie fué lícito jamás dejar entorpecer su espíritu en la ignorancia, como no es lícito al labrador dejar inculto su campo, ó al siervo guardar improductivo el talento de su señor, pues Dios condena la ignorancia voluntaria, al paso que promete magníficos galardones á los que depuran su espíritu en el saber (5). Los mejores medios de adquirirla son el recogimiento, el estudio y la docilidad.

(1) Sap., VII, 11.

(2) 1. Cor., III, 19.

(3) Sap., IX, 4, 10.

(4) D. Thom. 1, 2, q. 57, art. 2.

(5) Eccli., XXI, 26.

(Continuará).

CUENTO

El azote.

El Señor lo dió, el Señor lo quitó: como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor (Job, cap. I, v. 21).

El tío Maso se detuvo un momento apoyando sus callosas manos en el tosco bastón que llevaba: las doradas espigas, encorvadas por la abundancia de grano, ondeaban á su alrededor susurrando ligeramente, y el anciano oía vibrar en la campestre canción la historia de toda su vida, santificada por su paciente trabajo y por su ilimitada confianza en Dios.

Al Poniente un encendido cielo besaba con pasión la inmensa llanura, la rodeaba con fecundo abrazo en tanto que las golondrinas revoloteaban en alto llenando de trinos el sereno aire.

El tío Maso, enteramente inmóvil, murmuró con voz trémula una oración, por muchos años repetida, y que en aquella hora parecía sintetizar todos los afectos de su alma, que había permanecido pura y fuerte á través de las tempestades de la vida; después con paso lento continuó su camino entre el continuo ondear de las espigas y la paz solemne de la encendida puesta del sol.

Las campanas anunciaban la terminación del día festivo; anunciaban que era preciso recogerse é invocar la misericordia del Omnipotente, y sus notas lúgubres, esparciéndose por el inmenso espacio, parecían morir en un largo y deconsolador gemido... El viejo que comprendía su sonido, caminaba siempre lentamente, siempre más cansado, como agobiado por un dolor sin consuelo.

Al llegar delante de la iglesia, el sacristán hallábase atrancando la puerta.

—¡Ah, tío Maso! ¿De dónde venís á esta hora?...

El anciano señaló con su descarnada mano el vasto campo, sobre el cual descendían las sombras de la noche.

—El trigo está hermoso, murmuró el sacristán—¡que Dios nos lo conserve!

El tío Maso se santiguó, y con voz al parecer sollozante, replicó:

—¡Dios nos lo conserve... si de ello somos dignos!

El sacristán colocó en la envejecida puerta la última barra.

—Tío Maso, dijo tristemente, enjugándose con su pañuelo el sudor que caía de su rugosa frente, ¿habéis visto la iglesia á la hora de vísperas? ¿La habéis visto?... Solamente los viejos repiten las antiguas oraciones; pero los jóvenes no encuentran medio de aprenderlas; todos estaban allá abajo, en la era grande: las ma-

dres suspiran, los padres amenazan; pero los jóvenes han aprendido á obrar libremente y á divertirse sin remordimientos. La corrupción de la ciudad invade también nuestras aldeas como una epidemia. ¡Qué tiempos tan desgraciados, tío Maso!

De improviso se levantó una racha de viento, y con el viento llegaron á los oídos de los dos hombres, que se hallaban frente á la desierta iglesia, las lejanas notas de un organillo desafinado.

—¿Oís?, interrogó el sacristán prestando el oído: todavía bailan, y eso que viene ya lo noche.

Tío Maso miró al cielo, que se iba oscureciendo; observó con temor algunos pequeños cirros blancos, dispersos acá y allá en un voluble conjunto de nubes, á manera de copos de algodón; tuvo un siniestro presentimiento, é inspirado por su fe, tomando estrechamente la mano del sacristán, dijo con extraordinario vigor:

—Oremos... presiento que el Omnipotente se irrita.

* * *

Sobre la gran era, que se extendía como una gran plaza delante de la casa del arrendatario más rico del pueblo, entre dos fertilísimos campos, los jóvenes, en parejas, se entregaban á los vertiginosos placeres del baile. Las muchachas vestían con cierta coquetería; los jóvenes las obsequiaban profusamente con rosas y violetas, y en el éxtasis de su diversión, ni unas ni otros habían oído la voz de bronce que, con divina autoridad, repetía los consejos maternales invitando á la oración.

El organillo, desafinado que había sido traído de la ciudad no lejana, repetía con insistencia sus antiguos bailables, y las muchachas reían enseñando sus blanquísimos dientes, llenas de júbilo al verse admiradas y cortejadas, felices por aquella nueva embriaguez de los sentidos que adormecía los remordimientos del alma.

Hacía un mes que la era grande habíase convertido, en las tardes de los días festivos, en una tertulia pública, donde el baile alcanzaba sus más completos triunfos; donde se consideraban lícitas ciertas palabras y expresiones, ciertos idilios poco pastoriles é inocentes. Un mes hacía también que el párroco daba consejos desde el altar sobre este abuso; los ancianos se horrorizaban de él y hacían el panegírico de su pura y floreciente juventud, y sobre todo el tío Maso, más condolido que nadie, pedía sin descanso al cielo que no enviase un tremendo castigo.

También en el mismo día, que precedía á la siega, el párroco había suplicado desde el púlpito á la juventud que desistiese de aquella diversión profana y volviera con ánimo sereno á los recreos inocentes; pero la juventud, que en el momento habíase conmovido por la inspirada palabra del anciano ministro de Dios, no supo resistir la tentación.

Mucho tiempo llevaba el organillo lanzando al aire sus des-

entonadas notas y los jóvenes bailando sin cansarse, cuando el viento sopló con furia y apreciaron que la tarde iba declinando y que el cielo amenazaba, cargado de nubes y de electricidad.

En un instante la era fué despejada: las muchachas, pálidas por el terror, descompuestos los cabellos y con respiración anhelante, se refugiaron bajo el pórtico de la casa de campo, seguidas de sus caballeros, que de repente habían también palidecido y enmudecido.

—¡Nuestro pan, nuestro pan!, gritaban todos—¡Piedad de nosotros! Una voz conocida y autorizada respondió en la sombra:

—¡Dios es justo... sufrid el azote!

La voz era del tío Maso, que había llegado á aquel sitio impulsado por la fuerza desenfrenada del viento.

Los jóvenes enmudecieron y se arrodillaron como obligados por una fuerza sobrehumana, sobrecogidos por el espanto y la angustia.

El trueno retumbaba sordamente, acercándose más y más á cada momento, y los relámpagos se sucedían sin descanso, iluminando con sus repentinos resplandores las abatidas espigas.

—¡Nuestro pan, nuestro pan! ¡Piedad de nosotros!,—exclamaban las muchachas temblorosas, escondiendo su rostro pálido entre las manos.—¡Piedad de nosotros!

Se oyó un estruendo semejante al disparo de cien cañones; las jóvenes prorrumpieron en un grito lleno de terror, y el granizo comenzó á caer, denso, helado, inexorable.

Tío Maso veía el exterminio con la pupila dilatada y las manos en cruz: el exterminio que preparaba un invierno de hambre. Se oyó un nuevo y fortísimo trueno acompañado de la imprecación de uno de los hombres que veía reducida á la nada toda su labor de muchos meses... El anciano se volvió de repente como herido por una flecha.

—¡Silencio!... ¿Quién eres? ¿Qué pretendes? Y acercándose á él y asociándose con espíritu de generosidad á la culpa ajena, dijo suspirando:

—¡Todos hemos pecado!...

—¡Todos, todos! respondieron vencidos y arrodillados con la cabeza inclinada y los ojos preñados de lágrimas.—¡Piedad de nosotros!

Pasaron cinco, diez minutos de silencio, durante los cuales no se oyó mas que el seco choque del granizo y el eco continuado del trueno, semejante al lamento de millares de almas en pena; diez minutos de afán y de ansias inexplicables; después, poco á poco, la furia del viento cesó. Entonces todos se levantaron y se miraron con ojos extraviados. Las bellas espigas doradas yacían quebrantadas y sepultadas bajo el granizo, que todo lo había destruído.

El tío Maso levantó al cielo gris las manos temblorosas y ofreció el sacrificio de expiación.

--Si el azote es prenda de tu perdón, oh Señor, sea mil veces bendito tu nombre.

Los vencidos respondieron con un sollozo, hiriéndose el pecho.

—Así sea.

(Traducción de *El Carmelo*).



Liturgia.

Miércoles de Ceniza.

El primer miércoles de Cuaresma conócese con el nombre de Miércoles de Ceniza, porque en él impone el Celebrante sobre la cabeza de los fieles ceniza bendita. La gente del mundo hállese aún embriagada en las locas alegrías del Carnaval, entregada á toda clase de excesos. Y mientras ella saborea hasta las últimas impresiones de los placeres sensuales, el cristiano, en cambio, esfuérsase en olvidar, allá en el recogimiento de la oración, sus locos desvaríos: y es que, en el día de hoy, empieza el ayuno cuadregesimal, ha llegado el tiempo de expiación y no tardará en venir el gran aniversario de la fecha de nuestra redención.

El uso de la ceniza, como símbolo de humillación y penitencia, es anterior á la institución de esta ceremonia en la Iglesia, hallándolo ya practicado en la antigua alianza. El mismo Job, en el seno de la gentilidad, ya cubría con cenizas sus carnes castigadas por la mano de Dios, implorando de este modo misericordia hace cuatro mil años (1). Más tarde el Rey Profeta, arrepentido de corazón de las graves faltas por él cometidas, mezclaba la ceniza con el amargo pan que comía (2). Muchos ejemplos análogos podríamos citar, tomados de los Libros históricos y de los Profetas del Antiguo Testamento. La razón de esta práctica está fundada en que ya en aquellos tiempos se comprendía desde luego la estrecha relación que hay entre la ceniza de un ser material que ha devorado la llama y entre el hombre pecador, cuyo cuerpo ha de ser reducido á cenizas por el fuego de la Justicia divina.

En un principio el uso litúrgico de la ceniza, en el Miércoles de Quincuagésima, parece no fué aplicado á todos los fieles, sino solamente á aquellos que habían cometido algún crimen, por cuya comisión la Iglesia imponía penitencia pública. Antes de la Misa de este día los culpables se presentaban á la puerta de la iglesia cubiertos con un saco, los pies desnudos y con todas las

(1) Job, XVI, 16.

(2) Psalm. CI, 10.

señales de un corazón profundamente humillado. El Obispo y los Sacerdotes, juntamente con el pueblo, allí estaban reunidos; los ministros del Señor les imponían una penitencia proporcionada á sus faltas, y enseguida se les hacía pasar á la Iglesia, en donde el clero y el pueblo, postrados en tierra, recitaban en alta voz los siete salmos penitenciales. Después se les imponía las manos, se les rociaba con agua bendita y se cubría su cabeza con ceniza. Acto seguido tenía lugar la procesión, en la que los penitentes iban con los pies desnudos, y á su regreso eran solemnemente echados fuera de la iglesia por el Obispo, quien les decía: «Tened en cuenta que os arrojamos del recinto de la Iglesia por vuestros pecados y crímenes, así como Adán, el primer hombre, fué echado del Paraíso á causa de su prevaricación». Los ministros del Altar conducían enseguida á los penitentes fuera de la iglesia, cantando varios Responsorios, tomados del Génesis, en que se contienen las palabras del Señor condenando al hombre al sudor y trabajo en esta tierra desde entonces maldita. Se cerraban las puertas de la iglesia y los penitentes no volvían á pisar más su umbral hasta el día de Jueves Santo, que era el señalado para recibir solemnemente la absolución, cuyas fórmulas pueden verse en la tercera parte del Pontifical Romano.

(Continuará).

Noticias generales.

Ha fallecido en Artés el Obispo dimisionario de Teruel, Doctor D. Juan Comes y Vidal.

Este Prelado, durante su episcopado, supo captarse las simpatías y el cariño de todos sus diocesanos por las grandes virtudes que atesoraba.

Penosa enfermedad le obligó á abandonar su importante cargo, con gran sentimiento del Cabildo de Teruel y de los fieles de la diócesis.

*** La Diócesis placentina llora hoy también la pérdida de su sabio y virtuosísimo Prelado, el Exmo. Sr. D. Pedro Casas y Souto, ocurrida en la noche del 25 del pasado Julio, á consecuencia de una afección cardiaca. En señal de duelo se suspendieron en Plasencia las funciones de teatro, y ante el cadáver del virtuoso Prelado desfilaron el Clero, las Autoridades y representaciones de todos los Centros, rindiendo así un tributo de amor

y veneración al que en vida fué el Padre de los pobres y Apóstol de la caridad.

Descansen en paz los dos virtuosos Prelados.

*** Con motivo del quincuagésimo aniversario de la primera Misa de Su Santidad Pío X, se dice que el Santo Padre concederá un jubileo universal, que dará principio el 18 de Septiembre de 1907, terminando el 18 del mismo mes de 1908, en cuya fecha tuvo lugar aquel fausto acontecimiento. Cuando Pío X fué elevado al Solio Pontificio no publicó el jubileo que los Soberanos Pontífices acostumbran á conceder entonces, por estar muy reciente el del Año Santo; así el próximo jubileo conmemorará también la coronación del Pontífice reinante.

*** Según un despacho de Roma que publican los periódicos de París, en la primera semana del próximo mes de Septiembre se celebrará en Roma la elección de General de la Compañía de Jesús.

En dicha elección tomarán parte todos los Provinciales y dos Delegados por cada una de las provincias.

El número de electores se elevará á 75.

En casi todas las provincias se está haciendo la designación de los que han de ir como Delegados.

De estas designaciones parciales se ha dado cuenta á Roma.

Santorale.

Día 5, Domingo IX después de Pentecostés. Stos. Emignio, obispo mártir; Osvaldo, rey mr.; Stas. Nona y Afra, mrs.

Día 6, lunes. La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. Santos Sixto, pp. mr.; Hormisdas, papa confesor; Esteban, ab.; Sta. Digna, mártir.

Día 7, martes. Stos. Cayetano, cf. fund.; Donato, ob. mr.; Alberto de Sicilia, cf.; Sta. Eutropia, mr.

Día 8, miércoles. Stos. Ciriaco,

diác. mr.; Marino, mr.; Emiliano y Mirón, obs.; Bto. Pedro Fabro.

Día 9, jueves. Stos. Román, Secundiano, Marcelino, Firmo y Rústico, mrs.; Sta. Eunomia, mr.

Día 10, viernes. Stos. Lorenzo, diác. mr.; Deodato, labrador; Santas Asteria, Basa, Paula y Agatónica, vgs. mrs.

Día 11, sábado. Stos. Rufino y Alejandro, obs. mrs; Tausino y Gaugerico, obs. cfs.; Stas. Susana y Filomena, vgs. mrs.